



Adolescencia y actuación: efectos del declive institucional*

Miguel Kunst

Resumen: En su libro *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres. Subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal* (2026), Miguel Kunst trabaja la relación entre adolescencias, conductas problemáticas e instituciones. En el presente escrito, se despega del abordaje específico de los llamados pibes chorros para pensar las adolescencias en general en una época de declive institucional. Las juventudes requieren un marco protector y estructurante para poder llevar a cabo saludablemente los procesos psíquicos que caracterizan esta etapa de la vida. En este artículo se aborda la pérdida de la eficacia simbólica institucional en aquella función de marco, y sus efectos en el proceso adolescente.

Descriptores: Adolescencia, Institución, Subjetividad, Actuación, Vulnerabilidad.

Adolescencia e instituciones

Las transformaciones sociales de las últimas décadas vienen alterando las condiciones en las que pueden transcurrir las adolescencias contemporáneas. En la actualidad, los procesos adolescentes se desarrollan en un contexto caracterizado por la fragilización de muchas de las instituciones que tradicionalmente funcionaban como referencias para la constitución subjetiva. La familia, la escuela o el trabajo han ido perdiendo, poco a poco, su eficacia en la función de transmisión, regulación y producción de sentidos.

La adolescencia constituye un momento del ciclo vital en el que la función protectora y estructurante de las instituciones adquiere una importancia decisiva. El debilitamiento de su eficacia simbólica afecta los procesos propios de esta etapa y ofrece una perspectiva para comprender el fenómeno de las violencias adolescentes, posando la mirada en las condiciones que intervienen en su gestación.

* El presente trabajo se desprende de algunas elaboraciones desarrolladas en *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres. Subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal* (Kunst, 2026). Mientras aquel libro se centra en las trayectorias de adolescentes en conflicto con la ley penal, este artículo amplía el análisis hacia las adolescencias contemporáneas en general, haciendo foco en la función de las instituciones y en los efectos subjetivos de su debilitamiento.

La perspectiva planteada por la Psicología Institucional supone que la producción de subjetividad es un proceso de permanente intercambio entre el sujeto y las instituciones que regulan la vida colectiva. El enfoque introducido por José Bleger (1966), padre de la disciplina en Argentina, radica en la propuesta de ampliar el campo de intervención de la psicología hacia las instituciones, comprendiendo que los conflictos subjetivos no pueden analizarse únicamente desde la interioridad psíquica sino también desde las condiciones sociales e históricas que participan en su producción.

Las instituciones son regulaciones sociales, históricas, políticas, culturales, mediante las cuales una sociedad transmite sus valores, normas, creencias y significaciones compartidas. A través de ellas se producen modos socialmente esperables de ser, de sentir, pensar y actuar. En este sentido, la subjetividad se configura en el entrecruzamiento de discursos, prácticas y relaciones que anteceden al sujeto y hacen posible su constitución.

Las instituciones ofrecen fragmentos de identidad que luego cada sujeto articula de manera singular a lo largo de su trayectoria. Nadie es únicamente hijo, alumno, trabajador o ciudadano; la identidad resulta de la compleja combinación de múltiples atravesamientos institucionales que nunca se integran de la misma manera. También es importante la idea de que la producción institucional de subjetividad nunca opera de manera mecánica, es decir, no impacta del mismo modo en cada sujeto. Como señala Melera (2013), toda subjetividad instituida contiene un margen de indeterminación que habilita la emergencia de lo nuevo. Allí donde las instituciones transmiten sentidos instituidos, también generan las condiciones para que esos sentidos sean cuestionados, resignificados o transformados. Las subjetividades instituyentes no aparecen por fuera de las instituciones, sino precisamente en sus pliegues, tensionando los límites de aquello que cada época considera posible.

En estas coordenadas, la adolescencia no es pensada simplemente como un tránsito biológico entre la infancia y la adultez. Supone un trabajo de reorganización psíquica: las identificaciones infantiles comienzan a ser revisadas, algunas se abandonan, otras se transforman y nuevas referencias pasan a ocupar un lugar central en la construcción de la identidad. Este movimiento implica una desestabilización del equilibrio alcanzado durante la infancia y exige la elaboración de nuevas formas de pertenencia, nuevos ideales y nuevas maneras de habitar el lazo social (Grassi, 2010).

La identidad no surge entonces como una esencia individual, sino como el resultado de múltiples identificaciones que se suceden, se articulan y se contradicen a lo largo de la vida. Precisamente, Freud (1921) definió la identificación como la forma originaria del vínculo con el otro, mientras que Laplanche y Pontalis (1983) la describieron como uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales el sujeto constituye progresivamente

su personalidad. Reguillo (2013) muestra que los jóvenes construyen pertenencias apropiándose de lenguajes, estéticas, consumos, territorios y prácticas colectivas que les permiten inscribirse en comunidades de reconocimiento. Identificarse implica siempre ingresar en un universo compartido de sentidos capaz de responder, aunque sea provisoriamente, a preguntas fundamentales: quién soy, con quiénes me reconozco y qué lugar ocupo entre los otros.

No existe una única adolescencia sino múltiples adolescencias, profundamente moduladas por las condiciones materiales y simbólicas en las que cada sujeto desarrolla su existencia (Kantor, 2008). Allí donde se debilitan las instituciones tradicionales, otras formas de agrupamiento comienzan a ocupar ese lugar. Cuando determinadas instituciones dejan de producir marcas subjetivas con la eficacia que tuvieron en otros momentos, los jóvenes construyen su subjetividad *en situación*, a partir de los recursos efectivamente disponibles en su entorno (Duschatzky y Corea, 2002). La producción de subjetividad comienza a organizarse mediante prácticas que ya no cuentan con la legitimidad social de las instituciones tradicionales, como pueden ser el territorio virtual de las redes sociales o la calle, a través de los cuales se busca y construye, aunque precarios, un lugar y subjetividad posibles.

En muchos casos, es el grupo de pares quien ofrece aquello que otras instituciones ya no consiguen garantizar con igual eficacia: pertenencia, códigos compartidos, reconocimiento y alguna orientación acerca de cómo habitar el mundo. Los adolescentes siempre necesitaron construir espacios separados respecto del mundo adulto; lo novedoso aparece cuando esos espacios dejan de funcionar como complementos para convertirse en los principales soportes identificadorios.

Es en este sentido que Lewkowicz (1999) piensa los *dispositivos* de producción de subjetividad. Todo dispositivo establece operaciones específicas que permiten a los sujetos permanecer en él y ser reconocidos como parte del colectivo. Cada grupo produce sus propios criterios de pertenencia, sus códigos, sus rituales y sus formas de reconocimiento mutuo. Las prácticas juveniles no pueden analizarse únicamente por sus contenidos, sino también por las funciones subjetivas que cumplen dentro de esos dispositivos.

Durante el proceso adolescente, la confrontación con las figuras de autoridad, la impugnación de los sentidos heredados y la búsqueda de nuevas modalidades de pertenencia no constituyen signos de fracaso institucional. Forman parte del propio trabajo adolescente, cuya finalidad consiste en construir una posición subjetiva propia y diferenciada. Lo problemático no radica en la existencia de esa tensión, sino en la dificultad que encuentran las instituciones para alojarla simbólicamente. Cuando los espacios institucionales pierden

capacidad para sostener el conflicto propio del crecimiento, las operaciones adolescentes se complican o buscan otros escenarios donde llevarse a cabo.

La tendencia antisocial

Comprender las adolescencias contemporáneas exige situarlas en el escenario histórico en el que transcurren. Las transformaciones sociales de las últimas décadas no solo modificaron las condiciones materiales de existencia, sino también las formas en que los sujetos construyen proyectos, establecen vínculos y producen sentidos acerca de sí mismos y del mundo. Las instituciones no constituyen un simple contexto donde se desarrolla la vida psíquica, sino un dispositivo mediante el cual cada sociedad organiza la transmisión de valores, la construcción de pertenencias y la producción de subjetividad.

Bauman (2002) describió este proceso a partir del pasaje desde una *modernidad sólida*, caracterizada por la estabilidad de las instituciones y la confianza en proyectos colectivos de largo plazo, hacia una *modernidad líquida*, signada por la fragilidad de los vínculos, la incertidumbre y la aceleración permanente de los cambios. Si en la etapa anterior el trabajo, la educación y las instituciones funcionaban como orientadores de las trayectorias vitales, en la actualidad predominan experiencias marcadas por la precariedad, la transitoriedad y la individualización de las responsabilidades.

Allí donde las instituciones operaban como espacios privilegiados de transmisión intergeneracional, hoy encuentran dificultades para sostener horizontes comunes de sentido. Precisamente, Miguel Benasayag (2011) señala que una de las transformaciones más significativas de la época tiene que ver con la relación de los sujetos con la categoría de *futuro*. El futuro deja de funcionar como una promesa capaz de organizar el presente y se convierte progresivamente en fuente de amenazas e inseguridades. Cuando el porvenir pierde su dimensión de proyecto compartido, también se debilitan las posibilidades de invertir el presente como tiempo de construcción. La adolescencia constituye un período en el que la posibilidad de diferenciarse de las figuras infantiles supone la expectativa de un tiempo por venir capaz de alojar esas transformaciones. Silvia Bleichmar (2008) advierte que la violencia encuentra parte de sus condiciones de posibilidad en el resentimiento producido por las promesas incumplidas y en la pérdida de perspectivas de futuro; por ejemplo, en el caso de los jóvenes en conflicto con la ley penal, llamados *pibes chorros*, se trata en su gran mayoría de adolescentes al margen de las instituciones formales, que ven frustradas las promesas del mercado y el patriarcado, imposibilitando su acceso a la

categoría subjetiva de consumidores y de quienes son socializados como varones. En esta misma línea, citamos a Rita Segato (2018):

Lo que define la masculinidad es la potencia de algún tipo (...) Ese sujeto potente está letalmente agredido en su potencia, sobre todo en nuestros países, por la precarización extrema de su vida como trabajador, protector de una familia. En ese mundo de dueños, caben pocos dueños y la mayor parte de los hombres se 'emascula'. Este es un concepto que usamos en la antropología y que es muy importante: la emasculación del sujeto masculino, que lo reduce y le impide cumplir con el mandato de masculinidad; así restaura su posición masculina mediante formas de violencia extremas.

Allí radica la importancia de interrogar las transformaciones contemporáneas no solo por sus efectos sobre las instituciones, sino también por los efectos en los procesos de subjetivación propios de quienes atraviesan la etapa adolescente.

La adolescencia, entonces, constituye una etapa que requiere de un marco protector y estructurante para llevar a cabo sus trabajos simbólicos. Sin embargo, aun compartiendo un mismo contexto, no todos los adolescentes responden del mismo modo al debilitamiento de esas referencias institucionales. Mientras algunos logran llevar a cabo sus procesos apelando a otros recursos subjetivos o vinculares, otros encuentran dificultades para elaborar las pérdidas, las frustraciones y las transformaciones propias de este momento vital.

Cuando Winnicott (1954) afirma que la tendencia antisocial se encuentra intrínsecamente ligada a la *deprivación*, se refiere a la respuesta frente a la pérdida de un ambiente que, hasta determinado momento del desarrollo, había ofrecido al niño condiciones suficientes de continuidad, protección y confiabilidad. La ruptura de ese sostén, ya sea a través de separaciones, abandonos, situaciones traumáticas o transformaciones abruptas del entorno afectivo, deja al sujeto frente a una experiencia para la cual todavía no dispone de recursos psíquicos suficientes. La conducta antisocial pasa a ser una modalidad de comunicación. Allí donde el sufrimiento no ha encontrado posibilidades de representación, el acto intenta expresar aquello que no logró simbolizarse.

La pérdida de un ambiente suficientemente confiable no remite únicamente al espacio familiar. También las instituciones participan, en distintos momentos del desarrollo, de la construcción de ese sostén ambiental. Familia, escuela, comunidad y otros dispositivos colectivos ofrecen experiencias de continuidad que permiten organizar progresivamente la vida psíquica. En este sentido, la deprivación referida por Winnicott no debe confundirse con las condiciones de vulnerabilidad social, aunque estas puedan ser el contexto para que

la privación suceda. La experiencia traumática no reside únicamente en la carencia, sino en la ruptura de una continuidad previamente establecida.

Desde esta lectura, la actuación conserva una dimensión paradójicamente esperanzada. El adolescente que transgrede no solo desafía un límite; también pone a prueba la posibilidad de que todavía exista un otro capaz de sostenerlo. La conducta antisocial contiene una búsqueda: la expectativa inconsciente de encontrar un ambiente que sobreviva a la agresión y restituya las condiciones de seguridad perdidas. El acto constituye, en este sentido, un llamado dirigido al entorno más que una mera oposición a él.

Las condiciones sociales no producen automáticamente violencia, del mismo modo que la privación no conduce inevitablemente a la actuación antisocial. La violencia adolescente se presenta como el punto de encuentro entre procesos históricos, instituciones, vínculos tempranos y modalidades singulares de elaboración psíquica. Comprender esa complejidad constituye una condición necesaria para evitar respuestas reduccionistas y abrir la posibilidad de intervenciones capaces de alojar, además del acto, el sufrimiento que este intenta expresar.

A problemas complejos, respuestas complejas

Para abordar este fenómeno, resulta difícil pensar que las intervenciones punitivas puedan constituir una verdadera respuesta al problema. Esto no implica desconocer la necesidad de que toda sociedad y sus instituciones establezcan límites frente a las transgresiones ni renunciar a la intervención del sistema de justicia cuando corresponda. Significa reconocer que el castigo individual como único abordaje pierde de vista la complejidad de un fenómeno profundamente relacionado con los contextos que ofrecen las condiciones para que un adolescente actúe de ese modo. La violencia adolescente no puede comprenderse soslayando las transformaciones que atraviesan las instituciones encargadas de la transmisión, el cuidado y la socialización. Como se ha señalado previamente (Kunst, 2026), la familia, la escuela, las organizaciones comunitarias y las políticas públicas constituyen mediaciones fundamentales para la constitución subjetiva. Cuando estas mediaciones fallan, los procesos adolescentes se complican, se interrumpen, o buscan otros soportes para realizarse, no siempre compatibles con las formas socialmente instituidas. Una sociedad que ha perdido la capacidad de ofrecer horizontes compartidos difícilmente encuentre en el endurecimiento de las sanciones una vía para reconstruir aquello que previamente dejó de transmitir.



Esto no supone oponer políticas de seguridad y políticas de inclusión como si se tratara de alternativas excluyentes. Toda comunidad requiere dispositivos capaces de preservar el lazo social y de intervenir frente a las transgresiones. Sin embargo, cuando esas intervenciones se desvinculan de políticas educativas, sanitarias, comunitarias y de salud mental, su eficacia queda inevitablemente limitada. La respuesta penal puede contener determinadas conductas, pero difícilmente restituya por sí sola las condiciones institucionales y ambientales que permiten construir proyectos y llevar a cabo saludablemente trabajos simbólicos fundamentales.

El desafío, entonces, no consiste en discutir la intensidad del castigo, sino en interrogar la capacidad de las instituciones para volver a constituirse en espacios de apuntalamiento y sostén. La pregunta por la violencia remite inevitablemente a la pregunta por las instituciones que una sociedad es capaz de ofrecer a sus nuevas generaciones. En definitiva, comprender la violencia adolescente exige desplazar la mirada desde el acto aislado hacia los procesos que lo hacen posible. Se trata de un fenómeno que se sitúa en la intersección entre la historia singular del sujeto y las condiciones institucionales de una época. ¿Cuáles son hoy las mediaciones simbólicas disponibles para acompañar el pasaje entre la infancia y la vida adulta?

Pensar la violencia desde este horizonte implica una reflexión más amplia sobre las condiciones de producción de subjetividad en el presente. ¿Cuáles son las subjetividades posibles de ser asumidas aquí y ahora? Tal vez allí resida uno de los principales desafíos para el campo de la salud mental: contribuir a la construcción de instituciones contenedoras, protectoras y de cuidado, que habiliten modelos y referencias más saludables para sus juventudes, y un tiempo y espacio adecuados para transitar sus procesos.

Miguel Kunst: Licenciado y Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Docente e investigador en la materia de grado Psicología Institucional (UBA). Concurrencia completa en Psicología Clínica en el Htal. General de Agudos Dr. T. Álvarez. Departamento de Profesionales de Orientación en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Clínica particular de adolescentes y jóvenes. Autor del libro *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres – subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal*.

Adolescência e atuação: efeitos do declínio institucional

Resumo: Em seu livro *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres. Subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal* (2026), Miguel Kunst trabalha a relação entre adolescências, condutas problemáticas e instituições. No presente texto, ele se afasta da abordagem específica dos chamados *pibes chorros* para refletir sobre as adolescências de modo geral, em uma época de declínio institucional. As juventudes requerem um marco protetor e estruturante para poderem realizar, de forma saudável, os processos psíquicos que caracterizam essa etapa da vida. Este artigo aborda a perda da eficácia simbólica institucional nessa função de marco, bem como seus efeitos no processo adolescente.

Descritores: Adolescência, Instituição, Subjectividade, Atuação, Vulnerabilidade.

Adolescence and Acting Out: Effects of Institutional Decline

Abstract: In his book *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres. Subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal* (2026), Miguel Kunst examines the relationship between adolescence, problematic behaviors, and institutions. In the present text, he moves beyond the specific focus on so-called *pibes chorros* (young offenders) to consider adolescence in general during an era of institutional decline. Young people require a protective and structuring framework to healthily navigate the psychic processes that characterize this stage of life. This article addresses the loss of institutional symbolic efficacy regarding that framing function, as well as its effects on the adolescent process.

Descriptors: Adolescence, Institution, Subjectivity, Acting Out, Vulnerability.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Benasayag, M. y Schmit, G. (2011). *Las pasiones tristes: sufrimiento psíquico y crisis social*. Siglo XXI.
- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós.
- Bleichmar, S. (2008). *De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Noveduc.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós.
- Freud, S. (1978). *Psicología de las masas*. (6ª ed.). Alianza.
- Grassi, A. (2010). Niñez y Adolescencia. Nuevos paradigmas, sus nombres y escritura. En: *Entre niños, adolescentes y funciones parentales. Psicoanálisis e interdisciplina*. Pp. 13-28. Editorial Entreideas.
- Kantor, D. (2008). *Variaciones para educar a adolescentes y jóvenes*. Del Estante Editorial.
- Kunst, M. (2026). *Pibes chorros: adolescentes, machos y pobres. Subjetividad de jóvenes en conflicto con la ley penal*. Editorial Prometeo.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. (3ª ed.). Labor.
- Lewkowicz, I. (1999) Subjetividad adictiva, un tipo psico-social instituido. Condiciones históricas de posibilidad. En *La droga en el siglo, ¿qué viene?* Coordinadores: Dobon y Hurtado. Edama Editorial.
- Melera, G. (2013). *Instituciones y subjetividades. Una mirada desde la psicología institucional psicoanalítica*.
- Reguillo, R. (2013). *Culturas juveniles: Formas políticas del desencanto*. Siglo XXI.
- Segato, R. (2018). *No se trata de la identidad de las mujeres, sino de en qué sistemas económicos y societarios están insertadas* [Entrevista]. Fundación Rosa Luxemburgo.
- Winnicott, D. W. (1984) [1954]. *Deprivación y delincuencia*. Paidós.